

# Un viaje de ilusiones y esperanzas

Adela Elena Rodríguez

El 22 de Enero de 1948 llegó Adela al hogar de Don Manuel y Doña Manuela en Candemuela, provincia de León, en España. Pequeña aldea, casitas humildes, establos, para los animales que eran utilizados para trabajar la tierra. En la calle, dos fuentes: la de arriba y la de abajo. Por momentos me parece escuchar la voz de Olegario diciéndome: ¡Quédate quieta niña, te vas a caer al agua! Pero pum! ...adentro y llegué empapada a mi casa.

Al otro lado de la ruta, la casa de mi abuela María, “pobre viejita” siempre cocinándome sus deliciosos huevitos. Y al lado de su casa estaba la iglesia, recuerdo junto al altar mayor la imagen de Santiago encima del caballo, patrono del lugar.

Mi padre trabajaba en canteras de piedras, minas de carbón y sembraba la tierra.

Había que trabajar y almacenar las legumbres para la época invernal, la nieve cubría toda nuestra aldea. Mi papá, junto con vecinos y parientes, abrían caminos en la nieve para poder llegar a los lugares habituales. Mientras, yo cuidaba de mis hermanos, Baudilio y Antonio, mientras mi madre trabajaba. ¡Qué pintoresca era Candemuela rodeada de peñas!

Recuerdo cuando pescábamos en el río, a veces con suerte y otras no, íbamos con mi padre. Qué alegría cuando el agua golpeaba las piedras ver algún pez. Regresar a casa con pescados era todo un acontecimiento, para los niños y para la economía de mis padres, o cuando comíamos aquellas exquisitas moras... Cuando con mi primo Leónides comíamos peras y panes con mantequilla y aquella ricota<sup>1</sup> que hacía mi madre con queso que dejaba cuajar, y lo degustaba con azúcar...

<sup>1</sup> Requesón (N.E.).



Lo que más me asustaba de por las noches era escuchar los aullidos de los lobos. Durante muchos años usé chupete, no salía de mi boca, mis padres me tenían asustada, que tenía que dejarlo para viajar a la Argentina, en ese entonces mi madre me había hecho un mandil con bolsillos, lo que aquí le llaman delantal y allí llevaba siempre escondido mi chupete.

Mis primeras madreñas, calzado de madera, aquí llamados zuecos, tenían flores pintadas, y sólo me las quitaba para dormir, durante el día las lucía orgullosa.

En Candamuela había muchas plantas frutales, las mismas eran avanzadas (*sic*) por los niños para cortar sus frutos mientras que las niñas las colocaban en cestas. Para que no se cayeran mis hermanos, mi madre, por ser la mayor, me los dejaba en el suelo sobre una manta, y allí les daba la leche y cambiaba los pañales. En aquella época no había cámaras fotográficas allí y mis padres nos llevaban a San Emiliano o a Torrebarrio a fotografiarnos, todo un acontecimiento. Como no había cosas nuevas, mi madre junto con otras mujeres de la aldea, las ropas usadas (viejas), las desarmaban y hacían ropas para los niños, también tejían y bordaban.

Mi madre siempre recuerda y me cuenta que mi abuela Basilisa fue quien la atendió en el parto, cuando yo nací, aquel 22 de Enero, pleno invierno allí, la nieve cubría toda la casa y bloqueaba los caminos. Pasados unos

años, en unos de esos típicos inviernos, recuerdo que quise calentar mi muñeca en la cocina a leña y me caí sobre ella, quemándome mi trasero, estuve

muy grave, pero Dios dijo: “seguirás viviendo, niña”.

La abuela Basilisa, hacía colchones y yo la acompañaba siempre a Torrebarrios. Desde la ventana de la cocina de mi casa en la aldea, veía los carros subir cargados, (qué susto), al lado de la fuente de arriba, a uno de ellos se le salió una rueda y mi padre, junto a unos vecinos, ayudaron empujándolo hasta ponerlo en tierra plana.

Como era una zona de muchas plantas frutales, también había muchas flores, entre ellas las manzanillas, con mi abuela las juntábamos y ella hacía remedios caseros.

En Candamuela no teníamos peligro de jugar en la calle, pues no existían los autos, sólo andaban carros, allí la gente era muy solidaria, se compartían tanto las cosas buenas como las malas, recuerdo que después de cenar se juntaban mujeres y hombres, y mientras las mujeres cosían y tejían los hombres jugaban a los naipes.

En las fiestas más importantes, se comía y bailaba al aire libre en las eras. Los domingos primero a misa (la palabra de Dios) y luego la tarea de la aldea.

La escuela era algo muy interesante, niños pequeños y grandes juntos, algo muy típico de esos lugares. Me gustaban las conjugaciones de los verbos, mamá... mamá... fácilmente aprendí el “perfecto”. De Candamuela a San Emiliano iba en una burrita con la costura de mi madre. El viaje era agotador, y la burra “negativa”: caminaba cuando ella quería, así al llegar a destino el párroco del lugar me daba galletitas “María”, como para reponerme del viaje.

Mi padre estuvo en la Guerra Civil española; España había quedado muy mal, devastada, era muy difícil continuar viviendo allí.

En mi casa, ya se comenzaba a pensar qué se podía hacer ante aquel terrible panorama, hablaban de los parientes que teníamos en la República Argentina, y maravillas del continente americano. Un hermano de mi padre





Dn. Manuel Rodríguez Pulgar, durante el servicio militar

vivía en Argentina, Alberto, un hermano de mi madre, Emilio, y algunos primos. Las cartas de Candamuela a la Argentina comenzaron a cruzar el Océano Atlántico, cada día se hacía más real nuestro viaje, mi madre cosía, preparaba nuestra ropa y mi padre guardaba algunas pesetas para el viaje. La gente de la aldea se despedía y lloraba, las palabras que más se escuchaban

eran: “algún día volveremos a vernos y escriban”...

Aquel era un imponente barco, se llamaba “Bretagne”. El día 9 de enero de 1955, zarpamos de la ciudad de Barcelona, viajó con nosotros una tía, hermana de mi madre, llamada Esperanza. El barco parecía una ciudad sobre el agua. Por ser la mayor de los tres hermanos, los llevaba a pasear de la mano por los pasillos del buque, nos encontrábamos con gente de distintas nacionalidades: españoles, italianos, franceses, portugueses y africanos, todos con la misma esperanza. Un día el señor que limpiaba los pasillos, al lado de nuestro camarote, me regaló una muñequita, la cual se me rompió dos días antes de llegar a Bs.As. Teníamos el camarote nº 8, plaza 3 (llamada tercera), en el camarote de tercera, las mujeres y los niños viajaban juntos, los hombres en distintos lugares. De esa travesía recuerdo que de tanto que se movía el barco, nos descomponíamos, que las camas eran cuchetas<sup>2</sup> y que por las ventanas llamadas “ojos de buey” se veía golpear las olas.

Un día de mar revuelto, enfrente a nuestro camarote, del otro lado del pasillo, el movimiento me tiró y golpeé mi nariz en un lavatorio, el susto fue grande pero pasó rápido.

Con mis hermanos, todas las moneditas que llegaban a nuestras manos, en el buque, las invertíamos comprando caramelos y helados. Las mujeres se tenían que poner en fila para poder planchar, era en una habitación donde había varias planchas, algunas con mal carácter, discutían por la espera. En el buque se hacían muchas fiestas de entretenimientos, pero lo más triste era todo lo que dejábamos en España y lo que ignorábamos de lo que nos esperaba en Argentina. Entre los entretenimientos en el barco, había una manzana suspendida de un hilo, que iba y venía, un señor muy simpático que viajaba con nosotros, cuando se cansó de estar con la boca abierta, dio un tirón al hilo y

<sup>2</sup> Litera de los barcos, ferrocarriles, etc (N.E.).

comió la manzana. Le decían el “Maño”, en éste viaje fue la persona que más nos alegró la estadía a bordo. El comedor tenía mesas largas que compartíamos con otras personas. En un señor allí sentado se podía observar la tristeza en su semblante. Una noche de mucho calor, mi madre y mi tía, dejaron la puerta del camarote abierta, y éste señor de mirada triste entró y quería esconderse. Al preguntarle el motivo dijo que había estado preso y viajaba a Brasil para poder reunirse con su familia.

Cuando cruzamos el Ecuador, se hizo en la cubierta una hermosa fiesta, se elegían a la reina y el rey del barco; en medio de la misma una mujer que estaba sentada al lado nuestro, con acento portugués, comenzó a gritar: ¡hombre al agua, hombre al agua...! en ése momento se pidió ayuda al buque más cercano,

era zona de mucho peligro, por los tiburones, ante aquellos gritos la gente con mucho dolor comenzó a asustarse. Pero el señor de mirada triste no compartió más nuestra mesa... Dios dijo: “descansa tu mente en el mar...”. Al llegar a Brasil el Capitán del barco bajó, habló con dos mujeres, una muy anciana, quizás era la madre de señor triste. Las saludó, les entregó a ellas dos valijas y con un gesto muy triste las despidió.

Allí nos permitieron bajar a tierra, había muchas cosas para ver, los niños queríamos llevar al buque un cajoncito con perritos, por supuesto mi padre no lo permitió, si nos compraron un “cacho” de bananas, ya a bordo comíamos a cada rato.



“Bretagne”. Embarcamos el día 9 de enero de 1955 (Barcelona).



En Oriente (Pcia. de Bas. As), Argentina, 1956.  
1.º Premio (niña mejor vestida) leonesa.

H - 1017 H D - 10/ABC/05/109

**BILLETE PARA FAMILIA DE EMIGRANTES**

Constituye la familia para los efectos de este billete, sucesivamente, los padres con hijos menores de edad, o padre o madre viudas con hijos menores de edad, o hermanos muy hermanos menores de edad, o hermanos con sus parejas.

Nº 001967

**SOCIÉTÉ GÉNÉRALE DE TRANSPORTS MARITIMES A VAPEUR**

**VAPOR: BRETAGNE**

BILLETE DE PASAJE DE EMIGRANTES para embarcar el día 9 de Enero de 1911  
 en el puerto de BARCELONA para el de LEZENS AÏRES  
 con transbordos en el puerto de (1) \_\_\_\_\_ al vapor \_\_\_\_\_

con estado en dos enteros un medio un cuarto y 1/2  
 a favor de (2) los enteros un medio un cuarto y 1/2

Importe neto de cada pasaje (3) llamada 2 81 15

Importe de los impuestos \_\_\_\_\_

Importe total de los pasajes (incluidos los impuestos) \_\_\_\_\_

Modo de pago (4) llamada

Número de equipajes \_\_\_\_\_

Clase (5) Tercero

**EQUIPAJE DE BODEGA**  
 MUELLE DE BARCELONA  
 Timples, nº 1 (cerca Estación Marítima)

**HORA DE EMBARQUE**  
 las 8 de la mañana  
 Estación Marítima.

BILLETE FAMILIAR PARA ENTREGAR AL EMIGRANTE

**Campana de ocho plazas**

Núm.	NOMBRE DE LOS PASAJEROS	Edad	Sexo	PASAPORTE	
				Señal	Número
1	Manuel Rodríguez Gulgar	35	H		
2	Marcelo Alberto Rodríguez	25	F		
3	Cecilia Rodríguez Alonso	6	F		1084/17
4	Basilia Rodríguez Alonso	2	F		
5	António Rodríguez Alonso	11 meses			

Expedido el día 6 de 1 de 19 11



(1) Sólo aplicable en los casos de emigración de familia.  
 (2) Se expresará en francos, al número de pasajes.  
 (3) Cuando el pasaje sea gratuito se hará constar en el billete.  
 (4) Se expresará el modo de pago y por el número de pasajes.  
 (5) Se hará constar si es de 1ª, 2ª, 3ª, 4ª, 5ª, 6ª, 7ª, 8ª, 9ª, 10ª, 11ª, 12ª, 13ª, 14ª, 15ª, 16ª, 17ª, 18ª, 19ª, 20ª, 21ª, 22ª, 23ª, 24ª, 25ª, 26ª, 27ª, 28ª, 29ª, 30ª, 31ª, 32ª, 33ª, 34ª, 35ª, 36ª, 37ª, 38ª, 39ª, 40ª, 41ª, 42ª, 43ª, 44ª, 45ª, 46ª, 47ª, 48ª, 49ª, 50ª, 51ª, 52ª, 53ª, 54ª, 55ª, 56ª, 57ª, 58ª, 59ª, 60ª, 61ª, 62ª, 63ª, 64ª, 65ª, 66ª, 67ª, 68ª, 69ª, 70ª, 71ª, 72ª, 73ª, 74ª, 75ª, 76ª, 77ª, 78ª, 79ª, 80ª, 81ª, 82ª, 83ª, 84ª, 85ª, 86ª, 87ª, 88ª, 89ª, 90ª, 91ª, 92ª, 93ª, 94ª, 95ª, 96ª, 97ª, 98ª, 99ª, 100ª.

Un viaje de ilusiones y esperanzas

Cada vez la palabra Buenos Aires, se hacía más cercana, 16 días más tarde el buque llegó por fin a la Argentina, donde comenzaría para nosotros una nueva vida, con mucha incertidumbre y mucho desarraigo, pero tal vez más digna para todos... ¿Quiénes seríamos? La pregunta la República Argentina. La respuesta a toda la Argentina: era un matrimonio, con tres niños pequeños, una familia española. Aquí mis padres trabajaron como en España, o tal vez más, así comenzó nuestra vida en tierras argentinas.

Cuando comencé a ir a la escuela, me hacían pasar a la pizarra, a veces en un tono no muy bueno y me decían “gallega”, otras veces se burlaban de mí por como hablaba, mi acento, a pesar de todo salí adelante, y con el pasar del tiempo, y con mucho orgullo, fui una de las mejores alumnas. Cuando me hice adulta, descubrí que en cualquier parte del mundo hay que trabajar y luchar.

Mis hermanos sufrieron menos que yo al venir a la Argentina. Eran más pequeños y no entendían muchas cosas; yo crecí acá, estudié, tengo dos hijos americanos pero... siento que fuimos unas plantitas que nos arrancaron de raíz y nos trasplantaron. Pasamos a llevar un cartelito en la cabeza que dice: “Inmigrantes”.

Otro acontecimiento que marcó mi camino a la Argentina es la muerte de mi abuela, madre de mi madre: la casita de mis padres allá tenía una escalera que terminó lamentablemente en un accidente con la vida de la abuela Basílisa. Desde mi ventana, a la distancia, al lado de la iglesia, recuerdo el cementerio, donde se alcanzaba a ver la cruz de su sepultura.

Y Olegario, el hombre que me sacó de la fuente, cuando me caí en el agua, me regaló unas pesetas para que me comprara alguna ropita aquí en Argentina. Pero en una repisa en mi casa, en San Cayetano, donde hoy vivo, tengo una parejita de gaiteros, que me prometí, algún día si Dios me lo permite, los “gaiteritos” entraran en España conmigo. Y como más reciente recuerdo de aquellos días, de un hermoso abrigo, hecho por mi madre, color celeste. Cuando éste envejeció, guardé sus botones a modo de reliquia, pero hace dos años vino aquí el actual presidente español, viajé con mi madre a Bs. As., a saludar a un familiar, y digo con orgullo que pude lucir aquellos botones que vinieron conmigo hace 51 años de Candamuelas, en un traje celeste.

En Oriente, provincia de Buenos Aires, donde viví desde los 7 años a los 24 años, mi madre por ser española, bailaba muy bien la jota, cuando teníamos alguna fiesta escolar, ella bailaba y tocaba la pandereta, y nos enseñaba a los niños. Parece que la veo bailar a mi madre, belleza de mujer española, lo hacía con mucha prestancia.

En una fiesta recibí el primer premio vestida de leonesa, mi madre me había vestido con ropa que vino con nosotros de España. Como los abanicos, las castañuelas y las madreñas, que aún hoy es lo que más me gusta. Cuando

viaja algún familiar hacia allá, siempre le encargo madreñas, no importa que no haya en el tamaño de mis pies, me conformo con que sean diminutas.

Cuando llegaban cartas de España a Oriente, yo los veía muy contentos a mis padres, y les escuchaba ésta frase: “¿Qué dicen Manuela?”. A lo que ella respondía: “A Jesús lo trasladaron a Burgos, a Salamanca, a Valladolid, a León..., etc. ¿Cómo están tus niños, Manolo? La abuela María está muy viejita, pero todavía hace quinta.<sup>3</sup> Rosaura, hermana de mi padre, Segundo y Lusiter estudiando.

Recuerdo que corríamos de la vereda a la cocina, con mucha rapidez con la carta de España para nuestros padres, los niños sabíamos que era carta de España por el color del borde del sobre de “vía aérea”, y más alegría cuando el sobre decía “contiene fotos”, y qué tristeza cuando venía una rayita negra, mis padres lloraban a la distancia, algún familiar se había ido de este mundo y no lo verían más. “Hoy mi padre ya no vive, mi hermano mayor Baudilio, tampoco, ambos sepultados en suelo americano”.

Mi madre vive en un pueblo llamado Oriente, en provincia de Buenos Aires, a pocos Kms. de aquí, mi lugar en el mundo hoy se llama San Cayetano, provincia de Buenos Aires, donde construí mi hogar, pero a pesar del tiempo, las cartas siguen cruzando el océano Atlántico. A mis tías, Vitalia y Rosaura, les sigo escribiendo y me siguen contestando desde el año 1955.

Si volviera a nacer y tuviera la libertad de poder elegir, sería española y viviría en Candamuella, tendría un Don Manuel y una Doña Manuela, dos bellos hijos y cinco hermosísimos nietos como hoy... Primero España, segundo Argentina.

<sup>3</sup> Trabaja la tierra (N.E.).